EL PERRO INSISTENTE

por Nino Velasco

«¿Qué significaba la presencia tenaz de aquel perro en cuyos ojos parecía adivinarse una severidad casi humana? »

Una noche muy fría de invierno, una noche en la que yo volvía a casa borracho a las cuatro de la madrugada en compañía de dos buenos amigos y nuestras palabras animadas resonaban bajo los soportales helados de la plaza, una de esas noches en que los termómetros muestran el mercurio por debajo del cero y los charcos se congelan pronto, precisamente noches claras y tersas, en las que el cielo, a pesar de los vapores del alcohol, se ve limpio, como un metal oscuro y alto lleno de estrellas, cantidades sobrecogedoras de luminarias que no es posible apreciar en las grandes ciudades agobiadas continuamente por una sucia neblina; cierta noche alegre, una vez que mis amigos se despidieron en la esquina del palacio de Medrano y yo me quedé solo para seguir caminando hacia mi casa cercana, oyendo el chasquido seco e inquietante de mis botines sobre la acera y su eco en las fachadas sombrías, a esas horas en que la soledad de las calles te hace avivar el paso y cualquier descarriado que también se dirige hacia su domicilio te parece un probable asaltante, y procuras no mirarle de frente, aunque no le pierdes de vista observándole de reojo, a las horas intempestivas en que , incluso estando bajo los efectos del brandy, das gracias a Dios por tener una casa confortable y caliente, porque el frío es cortante y no comprendes cómo pueden sobrevivir los pájaros ateridos entre las ramas de las acacias, bajo la siniestra helada, o los perros vagabundos que merodean por las esquinas, una de esas noches en que regresaba borracho, una de las innumerables noches en que volvía borracho, vi precisamente a un perro negro que, desde la desierta avenida de los Héroes, me miraba inmóvil, apostado en una actitud de alerta o de atenta observación, como si el animal me estuviese husmeando a fin de identificarme desde el otro lado de la calle.

¡Cuántas veces me he encontrado en las madrugadas de invierno con chuchos de mirada implorante que caminaban por la ciudad sin rumbo determinado, con un paso rápido y anhelante, realmente como si se dirigieran apresurados hacia algún lugar concreto, y, sin embargo, tan sólo zigzaguean desorientados en la noche, buscando afanosos no se sabe qué! Estos perros sin amo y sin casa, que duermen en sórdidos rincones clandestinos resguardados miserablemente del frío, siempre me han producido, si no miedo, una sorda inquietud, algo semejante a un estado de mala conciencia, sobre todo si he cruzado mi mirada con la suya. Ustedes saben a qué me refiero, ¿cómo no? ¿O hay que tener un determinado espíritu, o hay que ser un borracho como yo para apreciar estas cosas? Sus ojos son exactamente humanos: en las madrugadas de diciembre, que estimo son las más frías del invierno, la mirada de uno de estos perros, oscura y tierna, parece declararte,

desde el fondo insondable de sus pupilas, que ellos son aproximadamente tus semejantes, ancestrales hermanos de un tronco común de vivíparos que, por azares distintos, han derivado en otra especie cuyos ojos mantienen aún el rasgo común de la desesperanza y el afecto. A veces me he sentido horrorizado ante ojos semejantes, frente a una mirada que, calvada en tu rostro con imponente seriedad, parecía formular una súplica incomprensible, sin duda una llamada de entendimiento, algo como una disculpa: «dame tu cariño, sólo eso puedo comunicarte, pero tú me comprendes; somos hermanos remotos».

El perro abandonó su estado expectante y, con la cabeza humillada, comenzó a andar dirigiéndose hacia mí. No hay ningún peligro, ustedes lo saben; tan sólo proceden a seguirte iniciando así unos primeros pasos oscuros, pero evidentes, en los que ellos, desde cierta distancia, te ofrecen una amistad sumisa de desconcertante fidelidad. Sencillamente, quieren que te los lleves a vivir a tu casa; tan sólo aspiran a tener un techo y tu cariño, no van nunca más allá; ni siquiera te exigirán comida, únicamente tu presencia en sus ámbitos amargos. Es propio de gentes sensibles evitar la crueldad en estos casos, si, en efecto, no entra dentro de nuestros proyectos la posibilidad de darles cobijo. En estas circunstancias lo mejor es ignorarlos, ni una mirada tan sólo, mucho menos una caricia que podría engendrar en ellos falsas esperanzas dolorosamente cortadas en seco cuando, al llegar a nuestra casa, cierras la puerta a tu espalda dejándolos de nuevo, justo al brotar en su corazón un rayo de tibieza, en la insondable soledad de los barrios.

Tenía por entonces —y sigo teniéndola—, hacia el año 48, una hermosa casa, tal vez la mejor de la ciudad, sin exceptuamos dos o tres palacios. Un edificio de cien años, con habitaciones amplias de techos altos, suelos de mosaicos con dibujos geométricos, o losas rojas, según la categoría de los aposentos; sólidos muros que producían un clima fresco en verano y un ambiente acogedor en invierno, delicados elementos ornamentales incluidos en la obra. Un edificio de ladrillo rojo situado en el aristocrático estilo romántico de los tiempos de la reina Isabel. El mobiliario inglés, sobrio y elegante, unido a detalles del todo actuales, hacían de mi vivienda un lugar apreciado por mis numerosos amigos, esa gente ociosa de la ciudad, con rentas envidiables que les permitían no mancharse de los mil diversos modos con que la gente se mancha en cuanto necesita trabajar. ¿Ustedes conocen alguna modalidad de trabajo rentable en que sus ejecutantes no se manchen? Pónganme el ejemplo de cualquier oficio o profesión liberal, desde el simple auxiliar administrativo hasta el pintor de renombre y yo les puedo aclarar de qué forma se manchan. La ociosidad en que yo vivía tal vez manche de otra forma, tal vez nos emborrachásemos demasiado (los capilares rojos de mis mejillas lo delatan) y sin duda desestimábamos en exceso a la pobre gente que necesariamente tiene que trabajar en oficios execrables para tan sólo malsobrevivir.

No miré ni una sola vez al perro, pese a que oía sus uñas chasqueando sobre las losas de la calle, caminando a mi espalda diez o doce metro más atrás. Entre en casa como si no hubiera advertido su presencia y me fui directamente a la cama. Vivo solo en esta edificación grande; a veces, en la noche, sus espacios inertes me producen una rara sensación semejante quizás a un miedo discreto. Esto me ocurre pocas veces, tan sólo por las madrugadas en que no regreso ebrio. En aquella ocasión sí volvía ebrio y, por lo tanto, tras acercarme al armario del salón donde tenía las bebidas y tomarme el último trago de coñac, me tumbé vestido en la cama para quedar profundamente dormido en el acto.

He dicho que vivo solo; en realidad me acompaña una vieja sirvienta con la que no me hablo hace años. A veces la veo cruzar por el fondo de un pasillo; me tiene limpia la casa y hace su vida.

A la mañana siguiente, al despertarme con el cerebro embotado aún por los residuos de la borrachera, vi a través de la ventana un desolador cielo plomizo, la tonalidad acerada de uno de esos días helados que presagian la nevada: la gente se pone sus guantes de lana, se sube las solapas de los abrigos y se ajustan las bufandas alrededor de la boca,

jornadas grisáceas en las que sólo entran ganas de meterse en algún sitio caliente a beber en buena compañía, lugares con mucho ruido y mucha gente, donde el humo del tabaco cubre el espacio con una neblina sofocante que hace más ensoñadora la aparición de alguna mujer forastera y hermosa.

A través de los cristales vi al perro negro, cosa extraña, en la acera de enfrente, sentado sobre sus patas traseras y mirando a la casa, expectante; sin duda aguardando mi aparición, ¡cosa extraña!, pues estos vagabundos de la madrugada, que te siguen durante un tramo de tus trayectos nocturnos, suelen desaparecer después de nuestros contornos lapsos de días o semanas, hasta que el azar permite que te encuentren otras noches y tal vez deciden seguirte de nuevo. Me quedé observándole, su estado de alerta mirando a la casa inquieto, me produjeron una especie de oscuro sobresalto cuyas causas se ocultan en lo más escondido del subconsciente.

Aquella mañana, la vieja criada que cuida de mi casa, mientras limpiaba el polvo en el salón, no sé cómo, derribó el óleo oval con el retrato de mi padre armando un estrépito alarmante. La reñí injustamente, sobre todo cuando advertí que en el percance había quedado dañada la tela: un piquete justamente abierto en las mejillas de mi progenitor, un orificio tal vez irreparable.

Estuve de mal humor toda la mañana, preocupado también por la presencia del perro frente a mi casa, posición que no abandonó hasta después del mediodía. A la hora de la sobre mesa llegaron mis tres buenos compadres de tantas tardes y veladas. Venía con ellos cierto empleado del Ayuntamiento llamado Sagaró, un tipo viejo y muy borracho. (¿Han visto ustedes algo más innoble que las venerable canas mancilladas por el alcohol?), que, al ver el retrata de mi padre deteriorado, se desató en exclamaciones extrañas.

—¡Ese sí que era un buen tío! ¡Jo, jo! Bueno de verdad... —Estaba ya cargado y olía desagradablemente a aguardiente—. Sólo que era un tipo raro, ¡jo, jo!

—¿Mi padre raro? —le dije mirándole con severidad.

—Sí, hombre, ¡jo, jo! Le conocí bien cuando yo era joven; fue muy amigo de mi padre, que era otro tipo raro, ¡jo, jo, jo! Les gustaba hablar de cuestiones difíciles, de filosofía, de religiones extranjeras, ¡jo, jo, jo!

—No lo sabía...

—¡Y además coleccionaba insectos! ¡Jo, jo, jo! El tío sabía un montón de Matemáticas: le dio clases a mucha gente de aquí, a los chavales que suspendían en junio... Bueno, entre ecuación y ecuación les hablaba de esas cosas, ¡jo, jo! Del asunto de las religiones orientales y todo eso, ¡jo, jo, jo! Daba clases... ahí, en esa habitación —señaló hacia una puerta que se abría al salón—. Lo recuerdo perfectamente, ¡jo, jo, jo!

—Yo también me acuerdo —intervine—. Todavía está la pizarra...

Empezamos a beber anís Machaquito mientras jugábamos a las siete y media y fumábamos habanos finos sin parar. Yo tenía un recuerdo lejano y vago de mi padre: asomado al balcón una mañana de primavera, alto y elegante, de espaldas, mirando al huerto interior que por entonces tenía árboles frutales. Pero, cosa extraña, sobre todo evoco su olor, parece que lo percibo ahora, cosa extraña; un aroma que no tiene nombre concreto: a limones o tal vez a membrillos metidos entre la ropa de un armario, un perfume casi agrio, pero bueno, que aún rememoro a veces, no se por qué, al despertarme. Sólo eso...

Hacia las nueve llevábamos ya muchas copas de Machaquito y muchas partidas de siete y media. El salón estaba lleno de humo. Salimos de la casa. Nos comimos un cordero en un buen mesón frecuentado por tipos como nosotros que quedaba por el barrio del Cuartel Mercantil tomando whisky a deshoras. La noche era terrible; no es atrevido decir que se congelaban las palabras. Embutidos en los abrigos, con los sombreros bien calados, las bufandas al límite de los labios y las manos enguantadas, nuestras risotadas y una charla vivaz y exultante resonaban indiscretamente en las calles vacías de la ciudad. A la altura del palacio de Medrano, como todas las madrugadas, me quedé solo. Había

empezado a nevar: estaba más borracho que otras veces: me puse a canturrear: en seguida advertía sus pasos detrás de mí.

Tuve la debilidad de volverme para comprobar si era él o no, y eso tiene sus inconvenientes, porque el chucho lo advirtió, tomando aquella mirada más como un indicio favorable, incluso como un consentimiento por mi pare. Se acercó más y oí su respiración cascada detrás de mis talones, mientras yo caminaba indiferente, dispuesto a no repetir semejante error.

Seguramente hacía mucho frío, aunque yo, debido a la ingestión quizá desmesurada de cordero y alcohol, era como una locomotora antigua con la caldera al máximo de calorías. Nevaba en silencio. El perro adelantó su posición; ahora caminaba a mi lado, mirando al frente, expulsando vaho condensado por la boca. Avanzaba abstraído, sin prestarme atención, pero a la vez, cierta fijeza en la marcha y débiles signos de confianza advertidos en la posición de su cola, delataban que, en su indescifrable cerebro, se albergaba la esperanza de que yo le acogería aquella noche.

Llegué ante la puerta de mi casa y me dispuse a meter la llave en la cerradura. Entonces se colocó expectante junto a mis piernas, atento a que la puerta dejase apenas una rendija libre para colarse en el interior del vestíbulo. Meneaba la cola indicando así su nerviosismo, inquieto ante la cercana solución a sus desdichas, a la vez que, con ese movimiento zalamero, trataba de ablandar mis sentimientos. Era viejo y estaba sucio. Se encontraba demasiado cerca para que no me infundiese respeto.

—¡Vamos! ¡Márchate! ¡Vete! —le grité, a la vez que, batiendo mis botines con estrépito contra el suelo, le amenazaba con el puño en alto.

El perro se apartó unos instantes, pero regresó inmediatamente, atento a mis maniobras con la llave, agitado y terco, con la persistencia de esos tipos que, tras haber solicitado obtusamente algún favor, al denegárselo repetidas veces, persisten ya en un modo oscuro en el que se adivina mucha violencia contenida, individuos que no respetan la voluntad del prójimo y, creyéndose injustamente postergados, insisten a la postre de una forma amenazadora.

En los ojos del perro, fijos en mí, se adivinaba la severidad del hombre digno que se cree burlado. Tuve miedo; estábamos él y yo solos en las calle, posiblemente los únicos moradores en vela de la ciudad aterida. Me tenía acorralado contra la puerta y, para salvar momentáneamente la situación, me metí la llave en el bolsillo y me alejé de mi casa. Lanzó un ladrido extraño y se vino detrás, siguiéndome como una sombra. Temía que, de un momento a otro, me lanzase una dentellada a los tobillos.

Avanzamos por la desierta avenida de los Héroes conforme la nieve arreciaba. «¡Fuera! ¡Largo! ¡Vete!», le fui gritando, a la vez que sentía los pies cada vez más helados y, conforme se diluían los efectos del alcohol, comenzaba a sentir escalofriantes tiritones. Llegué hasta el parque, situado al fondo de la avenida, en cuyos arriates la nieve había empezado a cuajar. El cielo marrón grisáceo exhalaba una siniestra claridad espectral. No se oía ni un solo ruido. «¡Largo, vete, maldito perro!». Le tiré varias piedras inútilmente; mi inoportuno acompañante, tras alejarse circunstancialmente con la cabeza baja, volvía a aproximarse apenas yo cesaba en mis actitudes agresivas.

Me lanzaba ladridos esporádicos cada vez más inquietantes... Comencé a pensar en la posibilidad de meterlo en mi casa por una noche. En cualquier caso, era una insensatez permanecer más tiempo en la calle, a las cinco de la madrugada y bajo la nieva. Volví sobre mis pasos. Metería la llave en la cerradura, lanzaría entonces un grito amenazante y, aprovechando su momentánea huida, enteraría en la casa para cerrar rápidamente la puerta delante de sus narices.